El reloj de cuco

Autora

Pilar López de Soria Homar

Accésit

Categoría A • 14-18 AÑOS

2021

Autora

M. Pilar López de Soria Homar

Illes Balears, 2004

Actualmente estudia Bachillerato, modalidad biosanitaria, lo cual compagina con sus estudios de Grado profesional en música, especialidad violín.

EL RELOJ DE CUCO

Pilar López de Soria Homar

Sentada aquí, en el escenario, lo veo todo diferente. Las miradas atentas de todos los que me escuchan, filas de cabezas que no se acaban nunca, sonrío, sin poder evitar pensar que parecen setas. Russula olivacea, decido, y me río por dentro. Ahora no, Julia, me digo, ahora te tienes que comportar.

Mi trabajo por hoy ya ha terminado. Llevaba esperando este día desde que acabé el máster. O incluso antes... Por fin ha salido a la luz mi investigación de diez años y estoy muy orgullosa. Pero no puedo evitar sentir que este no es mi sitio. Yo no pertenezco al escenario, a las luces cegadoras ni a las presentaciones formales. Incluso ahora, en el momento más decisivo de mi carrera, mi corazón me pide estar en otro lado, muy lejos de aquí, exactamente a 6291 kilómetros.

Y es que yo soy de un pueblecito de Mallorca. ¿Qué hago aquí, rodeada de luces y setas? Setas no, Julia, son personas, gente que ha venido a escucharte. ¡Si me viera el abuelo, exponiendo en inglés mis descubrimientos sobre los hongos en la gran manzana! Ya lo dijo la abuela, cuando le dije que me iba a New York a un congreso. "A Niu Ior, ¡Caramba!¿Y qué se te ha perdido en Niu Ior, si se puede saber?" Buena pregunta, abuela, buena pregunta.

Yo siempre he mostrado interés y curiosidad por la naturaleza, y no dudé en estudiar biología cuando terminé el bachiller. Todo el mundo me decía que llegaría lejos. Como fui la primera nieta que se fue a estudiar a la Península... "¡Nada más y nada menos que a Barcelona, Julia!" me decía el abuelo. "No te me vuelvas catalana ¡eh!". Era un gruñón el abuelo.

Pues fueron los mejores años de mi vida. En Barcelona descubrí lo amplio que era el campo de la biología. ¡Y yo lo quería saber todo! Pero Pedro me hizo ver que era imposible. ¡Ay, Pedro! No tienes que pensar en él ahora, Julia, céntrate.

No puedo creer que todo esto se acabe. Diez años investigando, ¡diez años! Es fácil decirlo. Pero era lo que querías, ¿no? Sí, desde que nos dejó el abuelo. Él, que siempre había disfrutado de vivir. Él, que se reía de la muerte y decía "la muerte es lo único que haces en la vida, ¿no? ¡Pues hazlo con gracia!" Se embarcó en un viaje de ida, y me dejó a mí en la orilla, esperando, con profunda soledad, su vuelta.

El camino no ha sido nada fácil. Pedro… y Marina… ¡Ya está, ya has pensado en ellos! Julia, atenta, que te están hablando a ti.

Me hacen una pregunta, que respondo sin dificultad. Ahora llega la hora de la despedida. Primero habla la directora del Museo de Ciencias Naturales de Nueva York. La miro y no puedo evitar pensar en Marina. ¡Cómo me hizo la vida imposible aquella arpía! Después de todo lo que habíamos pasado juntas ... y con Pedro, por supuesto. Aquel segundo año de universidad, tras la muerte del abuelo, nos sentamos juntos en la primera clase de Microbiología Aplicada, y ya no nos separamos. Hasta hace cinco años, claro.

Marina y Pedro me ayudaron mucho en una época que para mí fue muy difícil. Ellos me animaron a seguir adelante, y si no hubiera sido por los dos grandes amigos en que se convirtieron, hubiera tirado la toalla a las dos semanas de comenzar el curso. Los tres teníamos ese insaciable interés por la naturaleza, esas ganas de descubrir y comernos el mundo tan característica de los jóvenes. Juntos descubrimos, con gran asombro, todo lo que escondía la vida,

todo lo que nos quedaba por aprender, por vivir, por explorar, por decidir. Nos unían las ganas de saberlo todo, la energía que nos mantenía despiertos por las noches discutiendo sobre temas diversos. Ciencia, filosofía, política, el futuro… Éramos inseparables, "los Tres Mosqueteros", nos llamábamos. Los tres mosqueteros, anda que... Si lo hubiera sabido…

He vuelto a la realidad justo a tiempo, porque la directora ha terminado de hablar y nos pide que nos levantemos a recoger los premios. ¿Qué premios?, pienso. ¡Ah, un diploma! Cuando vuelva a Mallorca construiré una valla para los cerdos, con todos estos diplomas. ¿Qué tengo que hacer yo, con tantos papeles enrollados, dónde los voy a poner? ¡En la cabeza, te los puedes poner! me diría mi madre.

Ya vuelven a hablar, ahora le toca al gerente del museo. ¡Sí que tiene labia esta gente! ¡Casi han tardado más ellos en agradecer nuestro esfuerzo que nosotros en exponer la investigación! Si ahora tuviera a Pedro al lado, nos miraríamos de reojo, él con su aire travieso, y a mí se me escaparía la risa. Pero por culpa de Marina, ahora estoy rodeada de dos estafermos, sosos a más no poder. ¡Si lo he hecho todo yo!

Marina no sólo me robó el proyecto; también se llevó a Pedro. Y no sé qué es lo que más me dolió. La investigación la pude recuperar. Pedro... no hace falta decir que no he sabido nada de él. Bueno, esto no es del todo cierto. Cuando se enteró de que había ganado el premio, me escribió para felicitarme. No le contesté. ¡Caradura! ¿Ya no recuerdas lo que pasó? Pues yo recuerdo muy bien que no se debe confiar en las dulces promesas de eternidad. ¡Grabado a fuego! Tranquila, no te alteres, ahora ya no cambiarás nada.

Me puede la rabia. Y no es contra Marina, que también. Es contra mí misma, por dejar que el rencor me arruine lo que debería ser el momento más feliz de mi vida. "Si te enfadas tienes doble trabajo: enfadarte y desenfadarte"; cuánta razón tenía el abuelo…

Pero no sabe el daño que hacen las promesas vacías, los pactos de amistad rotos, el compromiso en vano. Yo me volqué por

completo en ese proyecto que tanta ilusión nos hacía. Aporté los trabajos de investigación del abuelo, que ya hacía cuatro años que nos había dejado, y no paré hasta conseguir lo que perseguíamos. ¡Qué feliz fui cuando hicimos el gran hallazgo! Aún recuerdo sus atentas miradas de orgullo mientras les explicaba, sin aliento, lo que había descubierto. Los abrazos entusiastas y las enhorabuenas interminables. Qué ingenua, Julia, digo ahora, no sé cómo no lo veías venir.

La sensación agridulce no me abandona, ni siquiera cuando me llaman como representante del estudio. El público se levanta en una ovación, y todas las luces se dirigen hacia mí. Estoy eufórica y emocionada, satisfecha por haber superado un camino lleno de obstáculos. Pero, sobre todo, pienso en el abuelo, en lo orgulloso que estaría ahora si estuviese aquí. ¡Oh, abuelo! ¡Cómo te echo de menos! Recuerdo entonces una frase que oí decir a un profesor: "La muerte está tan segura de su victoria, que nos da toda una vida de ventaja". El abuelo aprovechó la suya, y yo pienso sacar lo máximo de la mía.

¿Lo sabe, la audiencia, por lo que he tenido que pasar? ¿Lo sabe, que mi mejor amiga me clavó despiadadamente un puñal por la espalda? ¿Tienen idea de lo que sufrí cuando vi a mis amigos más cercanos levantar los hombros ante la injusticia? No lo parece. Durante dos años viví frustrada, enfadada y, sobre todo, muy sola. Añoraba al abuelo y a Pedro, me alejé de la familia... vivía encerrada en mi caparazón. Y estaba bien, yo, allí, pero cuando miro atrás me doy cuenta de que perdí veinticuatro meses de mi vida.

Me pasaba los días sentada en el sillón del abuelo, ante su reloj de cuco. Le tenía un especial afecto a aquel reloj, y por mucho que lo intentara, nunca conseguí que me explicara qué era lo que lo hacía tan especial. Él siempre me decía: "Todas las puertas, por pequeñas que sean, albergan un misterio". Aunque hay algunas que es mejor no abrir nunca, pues solo te conducen a la desilusión y al desengaño...

Se lo debo todo, al abuelo. Si no fuera por él, no hubiera encontrado la fuerza para seguir adelante, para retomar la investigación y

exponer la verdad sobre la autoría del proyecto. Gracias a él, ahora me encuentro en Nueva York cumpliendo mi sueño. Gracias a él, encontré sentido a la vida. Y es que, durante uno de los días interminables que pasaba sentada en el sillón, decidí comprobar por mí misma qué era aquello tan interesante que decía el abuelo que albergaba el reloj.

Me acerqué al reloj de cuco y me quedé frente a él, observándolo. La única puerta que había era la que daba salida al pajarito. ¿Por qué no? Levanté la mano lentamente, y abrí la puertecita, emocionada por la perspectiva de descubrir nuevas cosas, pero a la vez insegura, porque no sabía si era eso a lo que mi abuelo se refería. Al mirar en su interior, sólo vi al pajarito. Desilusionada, cerré la puertecita, pero pude atisbar una palanquita en el lateral. Algo me impulsó a estirarla y, efectivamente, el pajarito se retiró con un chirrido y aparecieron unos folios viejos y descoloridos. Reconocí la pulcra letra de mi abuelo y, llena de curiosidad, los leí. Se trataba de sus descubrimientos científicos. Me llamó la atención una hoja que parecía más reciente. En cuanto la vi, supe que era la última carta que había escrito antes de morir. Iba dirigida a mí, y me legaba todos sus archivos de investigación. Fue esto lo que me impulsó a empezar de cero. Cuando llegué al final de la carta, ya tenía lágrimas en los ojos, pero sonreí al ver que firmaba con el nombre de nuestro juego: "Besos, Copernicus".